

# LA UNIDAD DEL ESPIRITU

## Parte 31

***“Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz.” - (Efesios 4:1-3)***

Me gustaría llegar en esta lección hasta el versículo 3, hablar acerca de la unidad del Espíritu y pasar la mayoría del tiempo ahí. Pero hay algunas cosas en los primeros dos versículos que merecen nuestra atención, porque a pesar de que parecen sencillos, son fácilmente malentendidos.

Pablo inicia exhortando a los efesios a caminar como es digno de su llamado. Este no es el único lugar donde él menciona esto, pero ¿qué significa caminar como es digno de nuestro llamado? Tal vez sea mejor iniciar con, ¿cuál es nuestro llamado?

Al aproximarnos a escrituras como estas, probablemente la mente natural primero definiría nuestro llamado, como algo que Dios espera que nosotros hagamos, o cómo espera Él que nos comportemos. Luego, a partir de ahí, asumiríamos que caminar como es digno del llamado sería actuar en consecuencia. Algo así como: “¡¡Fórmense muchachos, Dios ha perdonado sus pecados y los está llamando a servirle!! ¡¡Actúen como tales!!”

Probablemente sea obvio, pero no es eso lo que yo entiendo de este versículo. Para entender cómo caminar como es digno o de acuerdo a nuestro llamado, primero debemos tener alguna idea de lo que es nuestro llamado. Esta es una de esas palabras que interpretamos de manera individual, y por lo tanto, la malinterpretamos. Tropezamos con esta palabra “llamado” y queremos que trate de nuestro llamado personal, o de nuestra misión personal, o de nuestra asignación única de Dios. Sólo dos veces se usa esta palabra de esta manera en el Nuevo Testamento, ambas cuando Pablo dice que él fue llamado por Dios como apóstol. Pero en cualquier otra instancia, Pablo no habla de lo que estamos llamados a hacer, o de cómo somos llamados a funcionar en Su cuerpo, y creo que tampoco es la manera en que se usa aquí, sino de dónde somos llamados a salir y adónde somos llamados a entrar.

Tal vez, nuestro llamado sea mejor entendido cuando lo veamos como el cumplimiento de la manera en que Dios llamó a Abraham. El llamado de Abraham no iba dirigido a un cambio de comportamiento. El llamado de Abraham no iba dirigido a la búsqueda del Santo Grial. El llamado de Abraham era mucho más significativo que eso; fue sacado de su tierra, de su parentela y de la casa de su padre, hacia una herencia que Dios le mostraría. Así es como Dios llamó a Abraham, así es como Dios nos llama a nosotros. Él nos llama a salir de un género, una creación, una familia...para entrar en otro género, otra creación y otra familia; para entrar en una herencia que nos tiene que ser mostrada.

En otra parte Pablo llama esto como “el supremo llamamiento de Dios en Cristo”, o “el llamamiento celestial”. Es un llamado a salir de los muertos, de la tierra, del primer hombre, y a entrar en los cielos, en Cristo. Es un llamado a dejar un ámbito por la escalera de Jacob, para habitar en otro que nos será mostrado progresivamente. El llamado de Dios involucra caminar a lo ancho y largo de esta tierra llamada Cristo. Involucra un altar que nos separa de todo lo que conocíamos antes y de aquello con lo que nos identificábamos. Involucra un viaje de fe, llegar a experimentar la mente del Señor. Así era el viaje de Abraham en tipos y sombras, y es el nuestro en espíritu y verdad. El nuestro es la realidad espiritual de lo que él solamente testificó.

Podríamos revisar todos los versículos pertinentes, pero eso tomaría todo nuestro tiempo. Baste por ahora decir, que nuestro llamado tiene muy poco que ver con la manera en que funcionamos, y mucho con el lugar donde estamos, con lo que somos y con lo que es dejado atrás. Si este llamado celestial no es primeramente real para nuestra alma, nunca funcionaremos apropiadamente en el cuerpo del Señor. Y, la verdad sea dicha, si este llamado celestial llega a ser real para nuestra alma, ni siquiera nos importará cómo funcionamos...sólo que seamos hallados en Él.

Por lo tanto, somos llamados por Dios a seguir a Cristo a través de la muerte, sepultura y resurrección hacia el universo de Cristo, Quien debe ser revelado a nuestra alma. Jesús invitó al pueblo a seguirlo, dijo con frecuencia: “Vengan y síganme”. ¿Hacia dónde los estaba guiando? ¿A las aldeas de Judea? NO. A Su muerte, a la puerta de salida de una tierra, una parentela y una casa paterna, hacia una tierra celestial; a toda una nueva Tierra que debe ser revelada. El Espíritu nos guiará a través de esa Tierra y al ver dicha herencia nos enseñará, las cosas que nos han sido concedidas y lo que se debe dejar atrás.

Siendo ese el caso, caminar como es digno de nuestro llamado (o mejor traducido, “de acuerdo a” o “decorosamente”), es caminar de acuerdo al lugar donde estamos, de acuerdo al lugar donde no estamos, de acuerdo a lo que es real y de acuerdo a lo que ha dejado de serlo. Hemos dejado atrás algo, ahora dejémoslo caer de nuestro corazón. Hemos sido bautizados en Su muerte, ahora reconozcámonos muertos. Hemos sido levantados con Él, ahora fijemos nuestros ojos en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Se nos ha dado la plenitud de Cristo, ahora vistámonos de Él por medio de la

renovación de la mente. Como dice Pablo en Gálatas 5:25, “*Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu*”. Caminemos donde estamos, vivamos por Su vida.

Entonces, cuando Pablo menciona humildad, mansedumbre, paciencia y amor, se entiende que no son las obras obligatorias de la carne correspondientes a nuestra tarea personal, son los frutos del Espíritu que deben crecer a partir de la Semilla que Dios nos ha dado. Estas son las cosas que crecen en la tierra en la que entramos; los productos de la tierra, por así decirlo.

No olvidemos lo que Pablo acaba de decirnos. Al final del capítulo 3 él termina hablando de ser fortalecidos por Su Espíritu en el hombre interior, luego, que Cristo habita en el corazón por fe, luego, que somos llenos de toda la plenitud de Dios, y luego, que Dios hace todas las cosas más abundantemente de lo que pedimos o entendemos a través de Su poder que obra en nosotros. Pablo termina el capítulo 3 con algo así, e inicia el capítulo 4 con la expresión “por lo tanto”. Él no está retrocediendo del poder del Espíritu a las obras de la carne, continúa con lo que estaba diciendo.

Sabemos que en la carta original a los Efesios no hay divisiones en capítulos y versículos, es sólo una carta. Yo resumiría esa sección así: “Efesios, estoy orando por ustedes. Estoy orando que sean fortalecidos por el Espíritu de Dios en sus almas, para que así, Cristo pueda funcionar, definir y mover sus corazones por fe. Que sean arraigados y cimentados en el amor de Dios, el cual es el Hijo que Él les ha dado, para que sean llenos de la plenitud de Dios en todos los sentidos. ¡Y Él lo hará! Lo hará mucho más abundantemente de lo que piden o entienden, a través del poder que funciona dentro de ustedes. Por lo tanto, ya que ESTE es su llamado, ya que este es el lugar adonde se les llamó a entrar, anden en él, anden en él y lleven su fruto. Trátense unos a otros de acuerdo a esta realidad”.

Me gustaría decir unas pocas cosas acerca de versículos como estos en el Nuevo Testamento. Casi siempre que alguien comienza a percatarse de la realidad del Nuevo Testamento, tropieza con versículos como estos. Cuando comenzamos a entender la cruz, necesariamente vemos que en la carne no habita el bien. Vemos que Dios no está tratando de llevarnos a un mejor comportamiento, sino que nos ha crucificado con Su Hijo. Por lo tanto, la salvación no es una segunda oportunidad, es el final de un hombre y el incremento de Otro. Todo esto empieza a ser más y más claro. Ahora sabemos a qué se refería Jesús cuando dijo: “Separados de mí no pueden hacer nada”; a qué se refería Pablo cuando dijo: “No hay uno que haga lo bueno, ni siquiera uno”; a qué se refería Isaías cuando dijo: “Toda nuestra justicia es como trapos de inmundicia”. Todo esto empieza a volverse más claro en nuestro corazón debido a la división que está obrando ahí al ver la cruz.

Nos asombra y nos impacta dicha realidad, y de pronto empezamos a verla dondequiera que veamos en las Escrituras. Pero, inevitablemente, en algún punto nos cruzamos con

una Escritura donde parece que Pablo, Pedro o Juan olvidaron lo que acaban de decir de la cruz y nos dan una lista de cosas que hacer y dejar de hacer. Nos encontramos con versículos que dicen cosas como: “Vístanse de humildad y mansedumbre”, o “sométanse a sus gobernantes”, o “dejen los malos deseos, envidia, lujuria, etc.” Nos detenemos confundidos y pensamos: “Pablo, acabas de decirme que yo no podía hacer nada, que yo no vivo, sino Cristo en mí, ¿y ahora me dices lo que no complace a Dios? ¡No lo entiendo!”

En mi opinión, versículos de este tipo caen en dos categorías. Déjeme resumirlas primero y luego las explicaré más ampliamente. Muy a menudo, Pablo sólo estaba animando a los creyentes a aprender a caminar en el Espíritu y a llevar Su fruto, ya que ellos viven por el Espíritu. Es decir, les estaba diciendo que se vistieran con lo que se les había dado, y que se despojaran de lo que Dios ya había quitado. Y luego, a veces, en la otra categoría, Pablo trataba con las personas de acuerdo a lo que yo llamo “la administración de la vasija natural”. Déjeme tratar de explicar.

PRIMERA CATEGORIA. Pablo está consciente de que los creyentes tienen a la Persona de Cristo residiendo en el alma, y con frecuencia el problema no está en lo que ellos han recibido de Dios, sino en desconocer y no permanecer en lo que han recibido. En este caso, Pablo le dice a la iglesia que se “vista” con lo que se le ha dado y que se “desvista” de lo que está muerto; ambos a través de la renovación de la mente. Es como si una persona que tiene un buen abrigo, saliera al frío con él en su brazo. No es un asunto de carencia, sino de no conocer y de no vivir en el bien de lo que tiene. Entonces Pablo le diría: “¡¡Por amor a Dios, ponte ese abrigo, lo tienes ahí, en tu brazo!!” Vestirse de Cristo no es tan fácil como ponerse un abrigo, no obstante, para que nos apropiemos de la vida que nos ha sido dada, debemos empezar a ver por medio de la Luz de Su Vida. Nos vestimos con lo que tenemos, no cuando lo recibimos, sino cuando empezamos a ver claramente lo que se nos ha dado. Nos vestimos con lo que tenemos sólo cuando es revelado a nosotros.

Es en este sentido que vemos a Pablo diciéndoles a los efesios más adelante, en 4: 22-24, que ellos necesitan hacer a un lado al viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y vestirse del nuevo, el cual ha sido creado en justicia y santidad de la verdad. ¿Cómo? Por medio de la renovación del espíritu de la mente.

Esto no es obra de la carne es un efecto del Espíritu. Si no tenemos bien afirmado el fundamento de la realidad de la cruz en la mente, leeremos este versículo y pensaremos que despojarnos del viejo hombre es una lista que nos da Dios de cosas que tenemos que hacer. Pero cualquiera que haya visto la cruz, ha llegado a la realidad de que podemos despojarnos del viejo hombre sólo porque Dios lo ha quitado, y que podemos vestirnos de Cristo sólo porque Él vive en nosotros. ¡La clave es conocer la verdad! Entonces, algo como *“quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia...”*, no es una descripción de auto-disciplina y comportamiento adámico, sino de

la renovación del espíritu de nuestra mente, mediante la cual, lo que Dios ha quitado de Sí mismo empieza a ser quitado de nuestro corazón conforme conocemos la verdad.

Es exactamente igual en Colosenses capítulos 2 y 3. Pablo termina el capítulo 2 diciéndonos que la religión humana, la disciplina severa y el duro trato del cuerpo tienen apariencia de sabiduría, pero no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne. Y, ¿qué tiene valor contra los apetitos de la carne? Él inicia el tercer capítulo con la respuesta: *“Si habéis, pues, resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, nuestra vida, sea manifestado, entonces vosotros también seréis manifestados con Él en gloria”* (vers.1-4) ¿Qué más? *“...habéis desechado al viejo hombre con sus malos hábitos, y os habéis vestido del nuevo hombre, el cual se va renovando hacia un verdadero conocimiento, conforme a la imagen de aquel que lo creó”* (vers.9). Aquí está de nuevo la renovación de la mente, y luego, y sólo de esta manera, *“...revestíos de tierna compasión, bondad, humildad, mansedumbre y paciencia”* (vers.12), estos son fruto del nuevo Hombre, y *“...desechad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, maledicencia, lenguaje soez de vuestra boca”* (vers.8), son fruto del viejo siendo quitado.

Por lo tanto, cualquier “buena obra” en el Nuevo Pacto no es una obra de la ley o de la carne, sino una obra de la fe. Una “buena obra” es el fruto que crece de la Semilla que Dios ha plantado en nuestra alma; ella obra en nosotros por fe. Esta es la primera categoría, lo que algunas personas llaman el “hacer y no hacer” en el Nuevo Testamento. Nosotros somos llamados a caminar en el Espíritu puesto que hemos nacido del Espíritu, a vestirnos de lo que somos y a despojarnos de lo que ya no somos; ambos a través de la renovación de la mente.

SEGUNDA CATEGORIA. Esta tiene que ver con el tipo de escrituras que yo llamo “la administración de nuestra vasija natural”. Estas son los versículos en los que leemos cosas como “sométanse a sus gobernantes y autoridades, no se embriaguen con vino, no presenten demandas contra los creyentes, vivan en paz con los que están alrededor, etc.” Para entender de dónde vienen este tipo de escrituras, debemos comprender que la formación de Cristo en nosotros transforma nuestra naturaleza, mente, carácter...todo lo interno, pero no nos hará mejores jugadores de tenis. La renovación de la mente no controlará qué tan fuerte metemos el pedal del acelerador o nos obligará a pagar los impuestos. El crecimiento espiritual nunca nos hará mejores cocineros o que no tengamos necesidad de lavarnos los dientes. Hay cosas que son puramente naturales, y debido a eso, entra en juego la sabiduría práctica, la sabia administración de nuestros cuerpos.

La ley fue eliminada en Cristo y nosotros vivimos por la ley del Espíritu de Vida en Cristo Jesús. No obstante, Pablo dice que no dejemos que nuestra libertad en Cristo le dé

ocasión a la carne; que todas las cosas son permitidas, pero que no todas son convenientes. Somos libres de la ley porque vivimos por el Espíritu, sin embargo, Pablo dice cosas como: “Yo no comeré carne sacrificada a los ídolos si eso provoca que un hermano tropiece. No me revelaré contra las autoridades civiles de la tierra, porque eso traería vergüenza sobre Cristo, a Quien yo proclamo como mi Señor. Me abstendré de todo aquello que parece mal para el mundo, para que la iglesia del Señor Jesucristo no sea un obstáculo para nadie”. Y así sucesivamente. “Mi alma le pertenece a Cristo y Él la está conformando a Su imagen. Mi cuerpo, aunque en última instancia también es de Cristo, está en la tierra, y por lo tanto, debo pagar impuestos, meter al perro cuando le ladra a los vecinos y trabajar para vivir. Nunca diré que la vida de Cristo en mi interior me compele a pagar mis impuestos y a bañarme regularmente. Hay cosas que sólo serán naturales; le damos al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios”.

Hay una categoría más, pero la veremos cuando llegemos a Efesios 5. Esta tiene que ver con el mantenimiento en la tierra de las cosas que son un testimonio de las cosas del cielo; pero lo dejaremos por ahora.

Mi único deseo al compartir estas categorías de “hacer y no hacer”, no es académico en naturaleza, sino evitar que nos tropecemos cuando leamos las Escrituras. No puedo decirle cuántas veces se me acercan personas y me dicen algo como: “Jason, yo estaba leyendo el libro de Romanos, y estaba viendo la verdad de la cruz con mucha claridad en Romanos 5, 6, 7 y 8. Pero cuando llegué al final del libro, me pareció que Pablo estaba dando una lista de instrucciones”. O al final de Gálatas, de Efesios, o lo que sea. Así que he compartido esto, para que entienda este tipo de escrituras en el contexto del evangelio como un todo. Nunca entenderemos Efesios 5, a menos que tengamos comprensión espiritual de Efesios 1- 4. Nunca entenderemos Romanos 13 de la forma en que fue previsto, a menos que hayamos visto 5 a 8.

Habiendo dicho esto, digamos algo acerca de la unidad del Espíritu. Pablo dice que nosotros deberíamos ser solícitos o celosos (una mejor traducción diría “diligentes”) en preservar la unidad de la fe en el vínculo de la paz. Una vez más, nosotros no deberíamos hablar de preservar la unidad de la fe sin saber qué es.

“Unidad” es una palabra común en la iglesia. Hay muchas iglesias y organizaciones cristianas que están haciendo todo lo que pueden para promover la unidad. Desafortunadamente, para muchas personas la unidad tiene que ver con estar de acuerdo o en armonía en la carne; paz en el ámbito natural. Creemos que es acuerdo en doctrinas, tolerancia a diferentes estilos de adoración, soportar las discrepancias de nuestras interpretaciones de las Escrituras, o pensamos que sólo significa “llevarnos bien con los demás”.

Pero la unidad de la que Pablo habla aquí es una realidad espiritual, primero que nada. No es unidad natural. No es que las mentes naturales estén de acuerdo en doctrinas. No

es que un grupo de cuerpos naturales compartan un edificio. No es que personalidades naturales encuentren un terreno en común. No es que ambiciones naturales busquen una meta en común. Lo que Pablo describe aquí es la unidad del Espíritu, el hecho espiritual que fue obrado en la resurrección de Cristo. Es un cuerpo que comparte un Espíritu.

Encontraremos esto en los siguientes versículos: “Un cuerpo, un Espíritu”. Esto es algo que ningún hombre habría podido producir, por mucho esfuerzo que hubiera puesto o comités que hubiera formado. ¿Por qué? Porque además de ser una realidad espiritual, ya está hecha. No estamos tratando de crear la unidad del Espíritu, sino de PRESERVARLA. “Guarden la unidad del Espíritu”; es decir, “el Espíritu de Cristo en cada uno de nosotros es, en realidad, uno, así que no vayan a meter la pata con la carne”. Eso es lo que Pablo está diciendo aquí.

“Aquel que se ha unido al Señor un espíritu es” (1 Corintios 6:17). Esto es un hecho, está consumado. Sin embargo, si nosotros permanecemos ignorantes de esta única vida, si permanecemos ignorantes de la verdad, nuestras ideas acerca de la verdad, vida, religión, propósito, doctrina, incluso nuestras ideas acerca de la unidad, terminarán separando lo que Dios ha unido.

Lo que estoy tratando de decir es que el cuerpo de Cristo es UNO por definición. Todos hemos bebido de un Espíritu; somos miembros de un cuerpo. Nosotros no necesitamos crear la unidad, es algo que Dios ha hecho en Cristo, y que experimentaremos más y más cuando todos lleguemos a la unidad de la fe, la mente del Señor, el verdadero conocimiento del Hijo de Dios. Me estoy adelantado, brinqué al versículo 13 de este capítulo, pero todo confluye.

La unidad es lo que Pablo ya ha descrito en los capítulos 2 y 3; es un nuevo Hombre, la carne quedó atrás. Cristo es la resurrección y la vida de todo el que vive; el templo de Dios. Ahora, Pablo nos dice que preservemos con toda humildad y mansedumbre en la iglesia, lo que Dios ha establecido en Cristo, que seamos solícitos en guardar lo que Dios ha reunido en y por medio de Cristo.

Alguien podría decir: “¿Cómo podemos separar o dividir el cuerpo de Cristo si Dios lo ha hecho de un Espíritu?” Bueno, no como una cuestión de hecho, pero sí como una cuestión de experiencia o relación; no me malentienda. No estoy hablando de llevarnos bien en la carne porque estamos en un Espíritu. No estoy hablando de tolerar esto o pasar por alto aquello. Eso tiene su lugar, pero no estoy hablando de eso. Es muy posible tolerar muchas cosas en nombre de la unidad, y aún así, no experimentar la unidad del Espíritu, porque la unidad del Espíritu se conoce en la verdad. No hay una experiencia genuina de unidad aparte de una genuina comprensión de la verdad conforme está en Cristo.

Estoy hablando de llegar a tener una mente, un juicio, una fe, una expectativa, porque somos uno en Espíritu. No estoy hablando de la unidad falsa en la carne, de la unidad falsa en la mentira. Estoy hablando de experimentar la verdadera unidad que es dada por Dios y consumada en la revelación de Cristo.